

## Biografía sintética

Según las efemérides del año 1971, antes y después de mi nacimiento hubo sendos eclipses que enrojecieron la luna, nació Abismo Negro y Pier Angeli colapsó mortalmente por una sobredosis de barbitúricos. Aquel año, como cada año y cada día desde el principio de los tiempos, llegó a ser especial de mil maneras y, simultáneamente, también una total desgracia. En el caso de una madre que recibe a su noveno hijo no es fácil nunca afirmar nada al respecto, pero una cosa segura que hizo la mía fue iniciar un pensamiento que le ennegreció el futuro y le aniquiló aún más su propia existencia.

Nací en una vecindad de Iztacalco, en la ciudad de México, y crecí marcado por las costumbres que mis padres trajeron de Oaxaca. Mi niñez fue siempre un exceso de personas y de mundo que me volvieron introvertido. No lo sabía entonces, pero esa introversión mía que me atoraba las palabras en la garganta y me desarticulaba la percepción era ya la sensación de extrañeza que me acompañaría por siempre.

Desde que recuerdo, el lenguaje fue para mí una urgencia y una angustia, tanto fue así que, durante mi niñez y hasta la adolescencia, preferí dibujar a hablar. En casa había más revistas que libros y yo dibujaba las imágenes que me atraían: animales, escenas de fútbol, los beatles. La vocacional, sin embargo, transformó mi habilidad y al término de mis estudios ahí yo ya era un dibujante técnico industrial. Si me preguntan, yo debí haber asistido a la escuela de artes plásticas, pero el arte no existía en el universo donde yo vivía.

Antes de ir a la UAM a estudiar letras tuve una especie de viaje intelectual donde, finalmente, descubrí aquello que hacía de mi sentido de extrañeza la sal de mi vida. Tenía 17 años cuando, siguiendo la ortodoxia social, ingresé a la escuela de arquitectura del politécnico y dos años después la abandoné. Este abandono representa mi primer gran fracaso y el inicio de mi, así llamado, viaje intelectual. En los siguientes seis años, guiado por el deseo y necesidad de encontrar lo que me era afín, me matriculé en Computación en la UAM y alterné esta licenciatura con el trabajo, recuerdo que por entonces ejercía ya de dibujante para un grupo de ingenieros. Nunca fui mal estudiante, pero mi esfuerzo y dedicación, hasta ese momento, nunca produjeron el peso que pudiera equilibrar esa vieja sensación mía que me hacía declinar, una y otra vez, ante la expectativa de mis proyectos académicos. En 1996 cursaba el segundo año de la carrera cuando un hecho bastante trivial me hizo girar y emprender el camino que hasta el día de hoy sigo.

Recuerdo que trabajaba en Ecatepec, recuerdo que dibujaba. Todo el tiempo sonaba la radio, las canciones eran las mismas y había un programa de “casos de la vida” que atendía un psicólogo llamado Lamoglia. En una tanda de anuncios publicitarios la UNAM anunció sus “Talleres libres de danza” y yo, que nunca me había atrevido a bailar, de

pronto me sentí nacer un impulso que no conocía. Después de seis meses en clases de danza, en un salón del museo del chopo, me probé en la Escuela de danza del INBA y poco después mi vida sólo era plié, relevé, saute, pisos de duela y música de piano.

La danza contemporánea me descubrió el mundo del arte como el mundo de la creación, las visiones que tenía del mundo comenzaron a tener sentido. Después comencé a leer verdaderamente y a conocer la gran literatura. Escribir también se me impuso como una necesidad y el dibujo nunca lo olvidé del todo. Desde aquel lejano año de 1996 no he dejado de perseguir los mecanismos de la creación. Cuando llegué a la carrera de letras con 29 años yo ya sabía que mi mundo siempre había pertenecido a eso que se llama arte. Mi urgencia de lenguaje no ha cedido hasta el día de hoy, tampoco la sensación de extrañeza, pero a diferencia de aquellos años donde me sentía perdido ahora sé dónde buscar. La literatura de Thomas Bernhard, Peter Handke, Giorgio Agamben, Jorge Luis Borges, Max Sebald, Claudio Magris, suelen ocupar mis noches. Wittgenstein y Deleuze son dos desafíos que me alientan.

Últimamente hice dos maestrías y actualmente, aunque ya no bailo más, me entreno. He vuelto a dibujar y escribo porque me ayuda a comprender lo que estoy viviendo. Con el cine, por supuesto, hay también una historia que formalmente comenzó en el Posgrado de arte de la UNAM hace ya casi seis años. Allí descubrí realmente a Antonioni, a Rohmer, a Herzog, a Wenders.

La danza, la literatura y el cine, esas son las cosas donde viene a precipitar todo ese asombro, esa perplejidad, esa extrañeza que yo he identificado, siguiendo a Wittgenstein, como “la experiencia de asombro ante la existencia del mundo... Me siento inclinado a decir que la expresión lingüística correcta del milagro de la existencia del mundo es la existencia del lenguaje mismo.”.

Jorge Rodrigo Vázquez Juanillo